

CONFERENCIAS DE JUAN MARICHAL
EN HARVARD UNIVERSITY¹

CLASE # 6 del Curso de *Humanities 55*:

SAN JUAN DE LA CRUZ

Vamos hoy a ocuparnos de la poesía de San Juan de la Cruz que se considera como la más alta expresión lírica de la lengua castellana, aunque fue poco estudiada antes del siglo XX. Para el erudito español Menéndez Pelayo su poesía era vista como algo que “no parece de este mundo ni es posible medirla con criterios literarios”. Pero desde finales siglo XIX y desde fuera de España, comenzó el interés en las obras de los místicos como revaloración del conocimiento no racionalista de la vida. Así, el gran filósofo francés Henri Bergson (1859-1940) habló de la importancia de los místicos españoles como ejemplo del conocimiento “intuitivo”. Todo eso llevó a algunos escritores españoles –Unamuno, por ejemplo– a leer a los santos místicos con nuevos ojos, por así decir.

Como resultado, puede decirse que San Juan de la Cruz ha tenido mucha más influencia literaria en el siglo XX que en los siglos anteriores. De hecho, la poesía de San Juan de la Cruz es verdaderamente fundamental para algunos grandes poetas españoles contemporáneos: por ejemplo, Juan Ramón Jiménez (Premio Nobel 1956) que escribió un libro con el título *La Soledad Sonora*, que es un verso de San Juan, o el gran poeta Jorge Guillén que dio a su libro principal el título de *Cántico*, tomándolo del libro de San Juan *Cántico espiritual*. En suma, San Juan ha sido visto en nuestro tiempo como el más alto poeta de la lengua española.

¹ Estos son los textos desgrabados de las conferencias que daba Juan Marichal en Harvard University en el *primer* semestre de su curso legendario denominado “Humanities 55: La Literatura de los Pueblos de Lengua Española,” hacia 1970: este curso introductorio para alumnos de todas las carreras del primer año universitario, lo dictó en castellano durante los decenios de 1960 hasta mediados de los años de 1980. El trabajo de grabar y desgrabar fue realizado en su tiempo por Tina Biers y el texto ha sido revisado por Carlos Marichal Salinas.

San Juan –más precisamente Juan de Yepes– no habría llegado a ser él mismo si no hubiera conocido a Santa Teresa al fin del verano de 1567. El joven carmelita pasaba entonces las vacaciones en Medina del Campo, pues estudiaba en Salamanca. Y quería ser “cartujo” –es decir entrar en un grupo monástico que le permitiera una vida en recogimiento, en soledad. Ya antes había escogido ser “carmelita” como orden dedicada a la contemplación. Pero ese grupo era lo que se llamaba mitigado (*mitigatad*), y él quería “apartarse más y apretarse más” –es decir, vivir en una forma parecida a los antiguos eremitas (o ermitaños) del desierto.

Por otra parte, San Juan de la Cruz es también un caso prodigioso de acumulación cultural –de acumulación de formas y de fondos, de tradiciones diversas y de renovaciones– de la gran renovación espiritual que es el Renacimiento y de continuidad: de continuidad, en su caso, de las tres culturas principales de la España medieval –del mundo medieval: la musulmana, la cristiana y la hebrea. Se funden esas tradiciones en San Juan: y esto lo vemos en forma muy simbólica en sus años de Granada, cuando vive y escribe en el Convento de los Mártires, convento carmelita cerca de la Alhambra, desde 1582. Ahí vemos la fusión que hay en San Juan: es de familia de cristianos nuevos –o sea tiene la tradición hebrea en su familia –pero, además, en Granada tiene relación con moriscos– con musulmanes, aparentemente cristianos nuevos. Y por supuesto es un cristiano –un castellano que ha estudiado en Salamanca– y además que ha leído a Garcilaso.

San Juan, vive bastantes años en Andalucía, o sea en tierra reconquistada recientemente y todavía muy llena de vida musulmana. Esto tiene particular importancia porque es indudable que en San Juan está muy presente la tradición del sufismo musulmán español –en particular de Ibn Arabi (1165-1240), el más importante de los místicos musulmanes españoles y también Ibn Abbad de Ronda, quien vivió en

el siglo XIV. No podemos entrar en lo que es el sufismo y simplemente señalamos que se origina en Persia, sobre todo. Pero, en lo que se refiere a San Juan ahí está, sobre todo, la importancia de la contemplación –del silencio. Y mucho más, como lo demuestran el trabajo de Watt y Cachia, *A History of Islamic Spain* [Edinburgh, 1965] y los trabajos de M. Asín Palacios. Hoy en día, ha surgido mucho interés en el sufismo, por ejemplo, en el libro del famoso sufista persa del siglo XIII, Mahmud Shabistari, *El jardín secreto*. Por otra parte, hay también interés en la mística hebrea –la cábala– aunque quizás esto tiene menos importancia para nosotros, porque lo hebreo en San Juan es sobre todo por su preferencia por la Biblia y, en particular, por el Antiguo Testamento.

Ahora bien, en San Juan hay también fuertes influencias del neoplatonismo renacentista, que están en Garcilaso, por no hablar de la forma popular de poesía, el romance. En suma, quizás no haya en ningún otro poeta de su época una acumulación cultural semejante a la de San Juan.

San Juan es un intelectual –y muy intelectual– ya que tiene una sólida formación teológica, pero al mismo tiempo se encuentra dentro de la tradición popular –las monjas para quienes escribe no están dentro de la tradición intelectual. Por eso es diferente a Santa Teresa: en Santa Teresa tenemos la descripción del proceso místico, de la experiencia mística. En cambio, en San Juan tenemos más bien el intento de explicación, de interpretación –de teoría de la mística.

San Juan fue uno de los nuevos graduados salmantinos del siglo XVI, con un buen conocimiento de teología y de las lenguas clásicas. Fue también un tiempo director del colegio de los carmelitas en Alcalá. En suma, fue el nuevo tipo de intelectual eclesiástico español. Y como otros –como su probable maestro Fray Luis– tuvo dificultades, no directamente con la Inquisición, pero sí con su propio grupo

eclesiástico. Y así el 3 de diciembre de 1576 un grupo de carmelitas “tradicionales (mitigados) secuestraron a San Juan en Avila y lo llevaron preso a Toledo. Y allí estuvo preso –fue torturado con flagelación circular, repetidamente– y así estuvo hasta que escapó en agosto de 1577. Ahí en esa prisión conventual “compuso” mentalmente primero y después escribió una parte de su poesía: una parte considerable del *Cántico espiritual*, casi todos los romances las canciones de la *Noche oscura* y un poema corto. Parece que llevaba un cuadernito al salir de esa prisión; y otros poemas los dictó al salir. Pero la mayor parte de los escritos de San Juan pertenecen a su residencia en el colegio de Baeza y sobre todo a sus años de Granada. San Juan de la Cruz murió en 1591, en Ubeda.

En cierta medida podría decirse que lo más importante en Santa Teresa es la afirmación de la persona –la fuerza de la persona– mientras que en San Juan es precisamente la despersonalización, representada por la experiencia mística. En Santa Teresa hay también experiencia mística, pero es una experiencia que ella relata, aunque sabe que no acaba de poder hacerlo. Diríase que sus escritos son como el *diario* de esa experiencia, escritos casi en el momento. En San Juan la expresión es posterior, desde luego, a la experiencia –y es más bien una “recuperación” de esa experiencia– y una meditación sobre la experiencia. Porque en San Juan hay una búsqueda del silencio –la soledad es el silencio– un silencio que es la experiencia mística, un silencio que permite la experiencia directa de Dios. Por eso se ha dicho que es algo contradictorio, que el místico escriba poesía –o simplemente que escriba. Como dice Ortega (en su ensayo “Defensa del teólogo frente al místico”), el místico es un “especialista del silencio”, y por eso su conocimiento es “intransferible” y por lo tanto es lo que él llama “un saber mudo”. Ortega, desde luego, es injusto con los místicos, pero apunta a un problema central en la mística, y que es esencial en San Juan. ¿Cómo se explica que San Juan escriba si sabe que la experiencia mística es intransferible –que es inefable por naturaleza?

Antes de contestar a esta pregunta volvamos rápidamente a la vida de San Juan. Anotemos primero que es casi seguro que San Juan pertenece también como Santa Teresa a la familia de cristianos nuevos. Su familia era originariamente de Toledo, el centro principal de los cristianos nuevos puesto que había sido la capital hebrea, por así decir, de España y en verdad de Europa. Se crió en Medina del Campo, gran villa comercial de Castilla: era huérfano de padre y pobre, aunque sabemos que tenía un tío médico. Una de las pruebas casi mecánicas de la condición de cristiano nuevo en la primera parte del siglo XVI castellano era la de ser médico. Porque era muy excepcional que un médico fuera cristiano viejo. Y el tío de San Juan era toledano y médico: es casi como decir dos veces cristiano nuevo. Pero, además, hay también en San Juan una característica religiosa muy significativa: su evidente preferencia por el Antiguo Testamento. Los cristianos nuevos eran lectores de la Biblia, pero por supuesto, especialmente del Antiguo Testamento.

Al tratar la poesía de San Juan de la Cruz, quiero referirme al problema de la mística puesto que San Juan de la Cruz es el gran místico de lengua española. Se ha empezado a hablar de la mística como si fuera algo extraño en el Renacimiento, como si la presencia de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz fuera un residuo medieval. Es cierto que la mística aparece en Alemania o en Holanda en el siglo catorce o quince. Pero, en realidad, la mística de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa es algo enteramente renacentista, es algo enteramente nuevo. Porque en realidad lo que hacen Santa Teresa y San Juan de la Cruz es descubrir, diríamos, la individualidad humana, y se dedican a acentuar la individualidad humana.

Todos ustedes recordarán algunas de las definiciones que se han dado del Renacimiento. Se ha dicho que el Renacimiento representaba el descubrimiento del mundo en su totalidad geográfica, de la anatomía,

de la fisiología y de la ciencia, en muchos sentidos, en todo lo relativo al cuerpo humano y al cuerpo de los seres vivos. Pero se ha dicho también –recuerdan ustedes la famosa definición del historiador francés Michelet y luego de Burckhardt, el historiador suizo– que el Renacimiento representó el descubrimiento del *yo*, el descubrimiento del alma individual. Y esto es lo que representan justamente Santa Teresa y San Juan de la Cruz: la exploración introspectiva, el descubrimiento de la interioridad humana.

En el Renacimiento aparecen algunas de las primeras autobiografías individuales: la de Santa Teresa es una autobiografía completamente moderna. Como dijo un ex alumno, un glorioso antiguo alumno y antiguo profesor de esta Universidad, Jorge Santayana, ² español y norteamericano, al mismo tiempo: “Santa Teresa, es la mujer más moderna” que conoce de la historia española. Esto es lo importante, no verla como un residuo medieval. Santa Teresa escribe su autobiografía porque lo que le importa es llegar, digamos, a conocer ese mundo y ese Dios que están dentro de cada alma. Es decir, hay algo muy importante que quiero señalarles: para Santa Teresa lo fundamental se descubre en sus expresiones: “nuestra alma es un cielo” y “este cielo pequeño de nuestra alma”. Ella quiere conocer el mundo del alma, quiere conocer toda esa riqueza interior de los hombres que ha sido dado por Dios. Es diríamos, lo más rico que ha dado Dios al hombre.

Santa Teresa rechaza el mar. El navegar por el mar es navegar hacia el mal, en cierta medida. Lo que hay hacer es navegar hacia el alma, navegar hacia adentro. Ahora, esto era muy difícil, era una

² Jorge Agustín Nicolás Ruiz de Santayana y Borrás, mejor conocido como George Santayana (Madrid, 1863-Roma, 1952) fue destacado filósofo, ensayista y novelista español. Estudió en Harvard, Berlín y Cambridge. Fue profesor en Harvard desde 1897 hasta 1912 cuando se retiró y se fue a vivir en Europa. Entre sus alumnos en Harvard deben citarse los poetas, Conrad Aiken, T.S. Eliot y Robert Frost, así como los periodistas y escritores, Max Eastman, Van Wyck Brooks, Gertrude Stein y Walter Lippman, además del futuro rector universitario James B. Conante y el primer negro que se doctoró en Filosofía en los Estados Unidos, W.E.B. Du Bois.

empresa bastante heroica, era una empresa que requería gran valor. ¿Por qué? Porque en primer lugar para encontrar el alma hay que estar en soledad, hay que buscar la soledad. Solamente en la soledad encuentra el hombre a su alma. Por eso Santa Teresa funda no una orden nueva sino una variante de la orden de los Carmelitas –que pueden recordar– es una orden de ermitaños que viven en comunidad, aunque no completamente aislados sino ermitaños que viven en comunidad, pero en soledad. No me puedo detener mucho sobre esta cuestión del origen de los Carmelitas, pero si alguno de ustedes tiene interés les recomiendo un libro muy bueno del gran poeta contemporáneo Thomas Merton, que pertenecía a la orden de los Trapenses: residía en el Monasterio de su orden en Kentucky y es sin duda alguna el discípulo más importante en nuestro tiempo de Santa Teresa y, sobre todo, de San Juan de la Cruz. El libro de Merton, *Disputed Questions*, es un ensayo muy bueno sobre el origen y la vocación de los Carmelitas.

Lo importante que tenemos que tener presente es que los Carmelitas, llaman a sus monasterios “desierto”. Como los profetas, buscan el desierto. ¿Por qué? Porque en el desierto está la soledad. En la ciudad de México hay un sitio muy bonito que se llama “El desierto de los leones”, y eso se debe a que había, y hay todavía, un convento, un monasterio Carmelita. En muchos de los lugares de la América Latina donde ustedes vean que se emplea muchas veces la palabra “desierto” significa esto. En España también se encuentran algunos sitios con este nombre, pero quizás hubo más *desiertos carmelitas* en la América española, por su extensión misma.

Santa Teresa establece esta nueva orden de los Carmelitas que busca la contemplación, pero esto resultó peligroso. Era muy peligroso –para la Iglesia Católica– porque era la afirmación de la posible comunicación del alma con Dios sin intermediarios en soledad. De ahí viene que Santa Teresa y San Juan tendrán una gran lucha. ¿Por qué?

Todo lo que era la exploración introspectiva era peligroso. Santa Teresa y San Juan van a ser perseguidos, aunque en realidad no tanto como Fray Luis de León. Van a estar constantemente observados y en un momento San Juan va a ser encerrado en una cárcel también. Un gran teólogo que era muy inquisitorial, un dominico que dirigió el primer auto de fe, Melchor Cano, un intelectual completamente rígido y cerrado a lo que él no estimaba ser la verdad, ataca a los espirituales. Santa Teresa, San Juan de la Cruz, todas estas personas religiosas los llaman y ellos mismos se llaman “los espirituales” porque no se dedican al proselitismo, no se dedican a inculcar a los demás, sino que se dedican a la propia perfección espiritual. No se dedican a la acción como los franciscanos o como los jesuitas o como los mismos dominicos, sino que se dedican a la contemplación y por eso los llaman “los espirituales”. Melchor Cano dice: “Pretenden los espirituales hacer contemplativos y perfectos a todos y enseñar al pueblo en castellano lo que a pocos de él conviene”. Es decir, que los espirituales atraían a gentes a sus monasterios, a personas humildes. Por ejemplo, Santa Teresa atrae a muchas muchachas para que vivan en los monasterios donde, en general, no aprenden latín y donde se usa sobre todo el castellano. Desde luego, Santa Teresa no sabía latín, ni una palabra. Entonces esto sugiere algo peligroso ya que están usando la lengua del pueblo para expresarse y para comunicar con los demás. Esto también se parece bastante a los protestantes. Tengan ustedes en cuenta esto muy presente porque los católicos españoles del siglo dieciséis siempre están pensando en no ser como los protestantes, siempre tenían miedo de parecerse a los protestantes.

Pero, además, observen ustedes el desprecio de Melchor Cano: “Que las mujeres tomen su rueca (para hilar) y rosario y no curen más devociones.” ¿Qué es esto de que las mujeres como Santa Teresa tienen que dedicarse a la contemplación? Y Melchor Cano viene a decir que lo importante es que vean los libros de devociones corrientes y recen el rosario. Pero Santa Teresa contesta con estas frases estupendas: “Hijas, dejaos de estos miedos”. Y sobre todo esta estupenda frase: “No son

tiempos de creer a todos y algunas verdades que lloramos en secreto.” Es decir, Santa Teresa viene a decir y a sentir que en aquel momento hay muchas posibilidades para un cristiano. ¿Por qué ha de ser esto o ha de ser lo otro? Santa Teresa afirma que no tienen por qué creer a una sola persona, aún si es el Inquisidor. Y por ello Santa Teresa fue muy perseguida, realmente fue perseguida, aunque no tanto como Fray Luis de León. Pero a Santa Teresa la salvó Felipe II y, de hecho, es posible que si no hubiera habido la protección de Santa Teresa por parte del rey, hubiera terminado bastante mal. Ahora de nuevo preguntemos ¿por qué era peligrosa? Porque a los contemplativos como San Juan de la Cruz y Santa Teresa se les están acusando de ser *como* protestantes, aunque lo sorprendente es que, en el protestantismo, en el luteranismo y en el calvinismo no hay místicos. O sea que lo que quiero señalarles es que para la Iglesia Católica, San Juan y Santa Teresa son un poco como los protestantes, pero en realidad son más bien como algo que está entre dos mundos.

Voy a referirme ahora a la obra de San Juan, y hablar de San Juan de la Cruz es por supuesto hablar del poeta máximo de la lengua española. Esto es, por lo menos, lo que yo siento. San Juan de la Cruz escribió unos pocos poemas, pero estos poemas han sido, puede decirse, la cumbre de la expresión castellana. Esto que les digo, por otra parte, es algo que decimos en el siglo veinte. Si ustedes ven el siglo diecinueve, verán ustedes que en entonces no se hablaba de San Juan, ni tampoco en el siglo dieciocho. Porque en el siglo diecinueve San Juan es visto simplemente como un fraile carmelita y la cultura española del siglo diecinueve está dominada por los liberales que eran anti-clericales, y por ello no pueden ver la belleza de la obra de San Juan. Porque simplemente lo consideraban a San Juan de la Cruz, como dirá todavía Ortega y Gasset, el gran filósofo, “el lindo frailecito”. Pero en realidad ha sido en el siglo veinte que hemos descubierto la belleza de San Juan. ¿Por qué? Porque ha habido poetas que muchos de ustedes habrán leído, poetas como Juan Ramón Jiménez o como Jorge Guillén que

hicieron su obra leyendo a San Juan. Además, hemos descubierto el valor de San Juan gracias a poetas ingleses y norteamericanos, por ejemplo, como T. S. Eliot o como Merton y muchos otros que se inspiraron en su poesía. Pero ¿por qué? Quizá porque en nuestro tiempo se ha empezado a plantear el problema de la mística, de la poesía, de la religión y la poesía como pertenecientes a un mismo mundo, como pertenecientes a un mismo dominio del hombre.

San Juan no hubiera sido él mismo si no hubiera conocido a Santa Teresa. San Juan estudió en Salamanca, pero en realidad es cuando conoció a Santa Teresa cuando se encontró a sí mismo. San Juan era un muchacho de muy cerca de Avila. En 1567 conoce a Santa Teresa cuando Santa Teresa está fundando conventos y decide hacerse contemplativo, decide hacerse carmelita contemplativo. Esto tiene mucha importancia porque, como les decía a ustedes el otro día, un muchacho español en el siglo dieciséis que escoge una orden, escoge una filosofía de la vida. No podemos imaginar, por ejemplo, a San Juan como dominico. Hubiera sido otro San Juan. Es imposible ver a San Juan escribiendo la poesía que escribe siendo dominico o siendo jesuita. No puede ser. Son maneras de ser completamente distintas.

San Juan participa entonces muy activamente con Santa Teresa en la creación de monasterios de carmelitas masculinos. Santa Teresa está fundando conventos para monjas y San Juan se pone a fundar conventos para hombres, para monjes. La manera de fundar un convento o un monasterio era muy sencilla en cierta medida. Primero había que encontrar ante todo una persona que tuviera dinero, es un poco como fundar un *college*. Diríamos que tienen que encontrar a un John Harvard, digamos, que les dé dinero para un convento, para un monasterio. Y entonces fundan esto con unas pocas monjas o con unos pocos monjes. Pero esto significa que ese mapa de Santa Teresa y de San Juan es el mapa de los espirituales de España, de una especie de elite introspectiva, digamos, de gentes que se asocian en esta forma.

Ahora, esto lleva a muchos más problemas para San Juan porque si bien las carmelitas no tenían mucha importancia, si lo tenían los carmelitas monjes que ya existían.

Por ello en 1577 San Juan es encerrado en un monasterio de carmelitas tradicionales, digamos, de carmelitas conservadores, por así decirlo. No en una prisión de la Inquisición, pero sí en una especie de prisión en su propia orden y San Juan no tiene papel ni tiene pluma. Tiene que componer de memoria en su celda y se pone a componer poemas en su celda, poemas que aprende de memoria. Y aquí hay algo maravilloso.

San Juan en esa celda, preso, compone romances. Hasta ahora hemos visto que los romances son de poetas anónimos. No sabemos quién es el primer autor de un romance. El romance es la voz del pueblo, la voz poética. No podemos imaginar a Garcilaso escribiendo romances. Porque el romance es plebeyo y el poeta Garcilaso quiere ser poeta aristocrático y por ello escribe al itálico modo. Pero preguntemos: ¿por qué escribe San Juan estos romances de memoria? Los compone y se los aprende. San Juan de la Cruz hizo lo que han hecho muchos poetas en el siglo XX que compusieron poemas en las cárceles de los nazis y se defendían componiendo poemas.

Por eso yo digo que el poeta siempre es más fuerte porque el poeta puede defenderse de lo terrible de una cárcel, lo terrible de una prisión y evitar la destrucción del hombre por su carcelero. Recuerdan ustedes, los amigos de Fray Luis de León mueren en la cárcel. Lo terrible en la cárcel es perder la integridad humana, perder la integridad del alma. Eso lo sabían hacer muy bien los nazis y lo sabía la Inquisición. No hay que torturar a la gente. Lo más fácil es hacerles perder la integridad de su espíritu. Deshacerles por dentro casi sin hacer nada. El hombre solo preso se pierde muy fácilmente.

Pero San Juan tiene la poesía. Se pone a componer. El papel y la pluma sirven mucho para defender al hombre. Los hombres con papel y pluma a veces han sobrevivido. ¿Por qué? Porque en el papel y la pluma está el alma. Y el alma puede defender al cuerpo. San Juan escribe estos romances y es muy significativo porque escribe romances en castellano. Pero, de repente, San Juan logra escaparse de su monasterio. Es una cosa para una película. Se escapa del monasterio de monjes y va corriendo al convento de monjas porque San Juan sabe que las monjas carmelitas le van a proteger. Claro está, San Juan no puede entrar en el convento mismo, sino que se queda en la iglesia que está junto al convento. Y una de las primeras cosas que hace San Juan cuando llega al convento es recitar los romances y las monjas copian estos romances porque San Juan sabe que si no, los romances se olvidarán. Es lo que aprendieron también los poetas presos en la época de los nazis en Europa: al salir de la cárcel había que escribir muy pronto porque si no, se olvidaba.

Pero ¿qué es lo más interesante de esto? Es que aquí tenemos la primera publicación o, difusión de un romance escrito por un poeta. Y es muy natural que fuera un poeta cristiano, esencialmente cristiano. Pero, además, el romance es la forma fraternal, la forma popular. Y este poeta que es San Juan quiere escribir romances para las monjas porque las monjas son muchachas del pueblo. Y aquí tenemos a este gran teólogo que era San Juan escribiendo romances para estas muchachas.

Esto tiene mucha importancia porque es en el momento en que San Juan recita sus poemas a las monjas de Toledo, que se tiende un puente que va a ser permanente entre la poesía aristocrática y la poesía popular en España. A partir de ese momento el romance va a ser un vehículo que mantiene siempre en contacto, en comunicación, al poeta aristocrático y al pueblo en España. En España no ha habido poetas alienados porque el poeta siempre ha tenido el romance, el puente hacia

el pueblo en ese sentido. Y es natural que fuera en un poeta cristiano, digo, porque el poeta cristiano que era San Juan le interesaba descubrir la propia interioridad del alma, pero también es un hombre de gestos fraternales, un hombre que ama a su prójimo como a sí mismo. El prójimo le interesa tanto como sí mismo.

Ahora bien, la gran poesía de San Juan no es sólo romances que fueron algo ocasional en esas circunstancias a las que me acabo de referir. La gran época de la poesía de San Juan se escribe entre 1578 y 1588 cuando pasa una gran parte de esos años en Granada, muy cerca de la Alhambra. San Juan no sabía árabe, pero en la Alhambra las decoraciones son poemas en árabe la mayor parte. Aquí hay algo muy importante. Hoy se ve que hay una relación muy grande entre San Juan y la mística musulmana. No necesariamente que San Juan conociera a los poetas místicos musulmanes o a los teólogos místicos musulmanes, a los sufíes musulmanes. Pero todo eso está en el aire. Piensen ustedes en el siglo dieciséis en Granada y verán que en cierta medida San Juan representa una encrucijada entre la mística musulmana y la mística europea. Claro está, San Juan lee a los místicos europeos medievales, lee sobre todo a San Agustín, que es la gran lectura de San Juan. Pero, además, hay algo muy interesante que debemos ver también que es la relación de San Juan con Garcilaso. Dámaso Alonso ha estudiado esto en su libro *La poesía de San Juan de la Cruz*, señalando que es que entre 1575 y 1577 se publicó un Garcilaso a lo divino. Es decir, la Iglesia católica en España trata de convertir la literatura en literatura a lo divino, transformar las obras literarias en obras todas religiosas.

En efecto, leer a Garcilaso se consideraba peligroso. Poner un libro de Garcilaso, dice un teólogo, en las manos de un muchacho o de una muchacha se considera muy peligroso. Garcilaso habla del amor en una forma muy noble pero muy apasionada. Entonces la iglesia convierte a Garcilaso en un Garcilaso a lo divino en que es poesía religiosa. Pues bien. Dámaso Alonso ha probado que sin duda alguna San Juan quizás no ha leído mucho a Garcilaso pero sí ha leído el

Garcilaso a lo divino. Por lo tanto podemos decir que en San Juan es como una especie de confluencia porque tenemos el romance, tenemos a Garcilaso, tenemos la mística musulmana y tenemos la mística europea. Pero en realidad finalmente San Juan es, claro está, San Juan. Lo importante es que toda su poesía es una afirmación, por así decirlo, de la riqueza del alma humana. Observemos que *El cántico espiritual*, *La subida al Monte Carmelo*, todo lo que escribe San Juan es simplemente una especie de reiteración de lo que había hecho Santa Teresa.

Veán ustedes además esto que es muy importante. San Juan escribe muy poca poesía porque San Juan sólo escribe en ciertos momentos especiales. El no puede escribir poesía tan constantemente como Fray Luis, sino que puede escribir solamente en ciertos momentos. Unos pocos poemas necesarios, dirá un poeta contemporáneo. Y esto hace San Juan. Pero ¿por qué? Porque San Juan piensa que el escribir poesía es lo más serio que puede hacer un alma y solamente en ciertos momentos, cuando él siente que está en el momento de escribirla.

Ahora bien, ¿esto cómo se puede lograr? El poeta lo llama “el santo ocio del alma”. San Juan defiende la poesía como una actividad religiosa que es equivalente al santo ocio del alma. Es decir, el ocio frente al negocio, el ocio frente a la acción, la contemplación frente a las obras. Y este es el lema de San Juan. “Aquellos que impugnan este santo ocio de las almas y quieren que todo sea obrar, no entendiendo ellos la vena y raíz oculta de donde nace el agua y se hace todo lento”. Es decir, para San Juan la verdad humana se encuentra en el fondo del alma en la contemplación en un determinado momento, y surge como el agua de una roca, surge de pronto esa contemplación, esa imagen. Como ven ustedes esto se opone casi totalmente a la filosofía dominante, la filosofía católica ortodoxa entonces que se define a partir de la acción, no la contemplación sino la acción. Y de ahí viene que San Juan se sienta amenazado: sabe muy bien que esto representaba una

posición, digamos, muy suya, casi casi muy individual en ese momento. Pero en esa soledad de San Juan él escribe como les decía a ustedes la que por lo menos para mí es la máxima poesía española. Esa soledad de San Juan fue, como él la llamó, “la soledad sonora” que sigue sonando para nosotros todavía.

Hoja a distribuir a alumnos de HUMANITIES 55

La teoría poética de San Juan de la Cruz

1. Mi principal intento:

“Ni aun mi principal intento es hablar con todos... sino con algunas personas... desnudos de las cosas temporales de este siglo, entenderán mejor la doctrina de la desnudez del espíritu”

(Subida del Monte Carmelo, prólogo).

2. Dios es voz infinita:

“... es de saber que Dios es voz infinita y comunicándose al alma en la manera dicha, hácele efecto de inmensa voz ... Esta voz es infinita porque, como decíamos, es el mismo Dios que se comunica haciendo voz en el alma; más ciñese a cada alma ... y hace gran deleite y grandeza al alma...”

(Cántico espiritual (anotación de la canción XIV y XV)

3. La soledad sonora:

“El Espíritu del Señor llenó la redondez de las tierras y este mundo que contiene todas las cosas que él hizo tiene ciencia de voz, que es la soledad sonora que decimos conocer el alma aquí... y por cuanto el alma recibe esta sonora música, no sin soledad y

ajenación de todas las cosas exteriores, las llama la música callada y la soledad sonora...”

(Ibid., ibid.)

4. Este santo ocio del alma:

“... un poquito de este puro amor más provecho hace a la iglesia aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas... ¡oh, cuánto se pudiera escribir aquí de esto! Esto he dicho para dar a entender esta otra canción; porque en ella el alma responde a aquellos que impugnan este santo ocio del alma y quieren que todo sea obrar, que luzca e hincha el ojo por de fuera; no entendiendo ellos la vena y raíz oculta de donde nace el agua y se hace todo fruto”.

(ibid., anotación a la canción XXVIII).

5. Lejos la retórica del mundo:

“... estos dichos serán de luz para el camino y de amor en el caminar. Quédese pues, lejos la retórica del mundo; quédense las parlerías y elocuencia seca de la humana sabiduría... y hablemos palabras al corazón”.

(Aviso y sentencias espirituales, prólogo).

6. Hacernos Dioses:

“Lo que pretende Dios es hacernos dioses por participación, siéndolo El por naturaleza, como el fuego convierte todas las cosas en fuego”.

(ibid., “Puntos de amor”).

7. Abriros han contemplando:

“Buscad leyendo y hallaréis meditando; llamad orando y abriros han contemplado”.

(ibid., “Doce estrelas”).